

## *Prólogo*

---

El sheriff Ben Lassiter se sentía como un idiota corriendo a un lado del tractor.

—Vamos, Colby —gritó—, tienes que entrar en razón. Bájate de ese maldito aparato y escúchame por una vez en tu vida. ¡No seas tan cabezota!

El viejo tractor siguió avanzando a saltos en la creciente oscuridad, arrojando nubes de polvo sobre el inmaculado uniforme de Ben. Colby esperó hasta ver que él estaba absolutamente sin aliento y en total desventaja para detener el tractor, y continuó sentada mirando malhumorada el campo. Con la mayor lentitud se quitó los guantes de piel que usaba para trabajar.

—Me estoy cansando de estas visitas, Ben. ¿Y de qué lado estás tú, por cierto? Me conoces. Conociste a mi padre. Los hermanos Chevez no son de aquí, y no tienen ningún derecho a exigirme que les entregue a mis hermanos.

Ben se sacudió el polvo que lo cubría, con los dientes apretados por la frustración. Tuvo que hacer varias respiraciones para poder contestarle.

—No he dicho que esté bien, Colby, pero la familia Chevez tiene a los hermanos De la Cruz de su parte, lo cual significa muchísimo dinero y poder. No puedes desentenderte de ellos. No se van a marchar. Tienes que hablar con ellos, si no, te llevarán a los tribuna-

les. Las personas como los hermanos De la Cruz no pierden pleitos en los tribunales. —La cogió por la cintura antes que ella saltara del tractor. Resistiendo el impulso de arrearle una buena sacudida para hacerle entrar algo de sensatez, la bajó hasta el suelo y la retuvo así un momento—. Tienes que hacerlo, Colby. Lo digo en serio, cariño. No puedo protegerte de estas personas. No sigas obstinada, dándole largas a esto.

Colby se apartó de él haciendo un leve gesto de impaciencia, y agitó la cabeza para que el desordenado pelo que le caía por debajo del sombrero le ocultara el repentino brillo de lágrimas en los ojos. Ben se apresuró a mirar hacia otro lado, simulando que no lo notaba. Un hombre tendría que matar por ella si lloraba, y era muy probable que cualquiera que viera sus lágrimas tuviera que afrontar lo peor de su ira.

—Muy bien —dijo ella entonces, echando a caminar por el campo a paso rápido—. ¿Supongo que los tienes a todos acampados en mi porche?

—Sabía que Ginny y Paul no estarían esta noche —dijo Ben.

Él había organizado las cosas para que su cuñada invitara a los hermanos de Colby a su casa a tomar helado de crema casero.

—Como si hubiera sido difícil adivinarlo —dijo ella sarcástica, mirándolo por encima del hombro.

Conocía a Ben desde el parvulario, y estaba segura de que él seguía considerándola una niñita desmandada, indómita y no muy inteligente, aun cuando era muy capaz de trabajar y hacer funcionar un rancho ella sola, y ya llevaba unos cuantos años haciéndolo. Deseó golpearle la dura mollera.

Ben le dio alcance y continuó a su paso.

—Colby, no llegues ahí como un polvorín. Estas personas no son del tipo a las que se les pueda presionar o mandonear.

Ella se detuvo tan bruscamente que él tuvo que enterrar los talones para no chocar con ella y tirarla al suelo.

—¿Presionar? Ellos son los que quieren presionarme a mí. ¿Cómo se atreven a venir aquí y actuar con tanta arrogancia que hasta me incitan a ordenarle al perro que los ataque? ¡Hombres! —Lo

miró furiosa—. Y otra cosa, Ben. En lugar de lamerles el culo al señor Monedero y a su séquito, podrías considerar lo que está ocurriendo aquí. Cada día me desaparecen cosas y unos duendes meten mano en la maquinaria. Ese es tu trabajo, ¿no?, no acompañar aquí y allá a los ricos e infames.

Diciendo eso reanudó la marcha, con todo su esbelto cuerpo femenino irradiando furia.

—Colby, tú y yo sabemos que hay un grupo de chicos que se dedica a hacer diabluras y gastar bromas —dijo él, con el fin de tranquilizarla—. Amigos de Paul, probablemente.

—¿Bromas? No creo que robar sea una broma. ¿Y qué hay de mi denuncia sobre la desaparición de una persona? ¿Has intentado encontrar a Pete?

Ben se pasó la mano por el pelo, desesperado.

—Lo más probable es que Pete Jessup esté durmiendo la borrachera. Por todo lo que sabes, ese viejo te ha robado cosas para pagarse la bebida.

Colby volvió a detenerse; esta vez él chocó con ella, y tuvo que cogerle los brazos cerca de los hombros para impedir que cayera al suelo.

Ella le apartó las manos golpeándose las, ofendida.

—Pete Jessup dejó de beber cuando murió mi padre, renegado. Ha sido valiosísimo para mí aquí.

—Colby —dijo él, en tono persuasivo y amable—, la verdad es que acogiste a ese viejo bobo por la pura bondad de tu corazón. Dudo que hiciera algo más que comerse tu comida cada día. Es un vaquero agotado, un vago. Simplemente se ha ido a alguna parte. Ya volverá.

—Eso es lo que tú dirías —dijo ella, sorbiendo por la nariz, verdaderamente fastidiada con él—. Qué típico de ti dejar de lado la desaparición de un viejo y el asunto de unos ladrones furtivos para poder alternar con unos idiotas ricos que han venido aquí con la intención de «robarme» a mis hermanos.

—Vamos, Colby, han demostrado que son agradables y aseguran que se toman a pecho el bien y los intereses de los niños. Lo menos que puedes hacer es escucharlos.

—Y seguro que tú estás de acuerdo con ellos, ¿verdad? Paul y Ginny no estarán mejor con esa gente. Tú no sabes nada del asunto ni de ellos. Paul acabaría siendo igual que ellos, tan arrogante que nadie podría soportarlo, y la pobre Ginny crecería pensando que es una ciudadana de segunda clase porque es mujer. ¡Pueden irse derechos al infierno, por lo que a mí me importa!

Aunque sólo estaba comenzando a anochecer y todavía había luz, de pronto unos nubarrones negros oscurecieron el cielo, como salidos de ninguna parte. En las alas de los oscuros nubarrones llegó un viento frío que le agitó fuertemente la ropa a Colby. Sintió bajar un escalofrío de aprensión por la columna. Notó que algo le tocaba la mente; lo sintió, sintió su fuerza, intentando entrar.

—¿Qué pasa?

Colby notó claramente la inquietud de Ben al verlo girarse lentamente a escudriñar el entorno. Tenía la mano apoyada en la pistola, sin saber qué los acosaba ni de dónde venía la amenaza, pero era evidente que también la sentía.

Se quedó muy quieta, sin mover ni un solo músculo, como un cervatillo a la vista de un cazador. Inmediatamente percibió que estaba en un peligro mortal. La malignidad iba dirigida a ella, no era hostil hacia Ben. Fuera lo que fuera, le golpeaba la mente, tratando de entrar. Hizo una inspiración profunda y espiró lentamente, obligándose a poner en blanco la mente, pensando en un muro, un muro alto, inexpugnable, una fortaleza en la que nadie pudiera entrar. Se concentró totalmente en el muro, en hacerlo fuerte, impenetrable.

La cosa pareció retirarse, tal vez perpleja por la fuerza de ella, pero pasado un momento volvió al ataque, con un golpe duro, como de lanza, que pareció perforarle el cráneo y dirigirse derecho a su cerebro. Sin poder evitar un suave grito de dolor, hincó una rodilla en el suelo y se cogió la cabeza entre las dos manos, al tiempo que se obligaba a respirar parejo y calmado. Su mente era fuerte, invencible, protegida por un muro tan alto y grueso que nadie lo rompería jamás. Fuera lo que fuera ese algo maligno que la acosaba, ella no le permitiría romper sus defensas.

Pasados unos minutos tomó conciencia de la enorme mano de Ben sobre su hombro. Estaba inclinado sobre ella mirándola solícito.

—Colby, ¿qué te pasa?

Ella levantó la cabeza, cautelosa. La presencia había desaparecido.

—La cabeza, Ben. Tengo un dolor de cabeza terrible.

Y era cierto, no era mentira. Nunca había experimentado nada semejante a ese ataque. En realidad, tenía revuelto el estómago, y no sabía si podría caminar. Fuera lo que fuera esa cosa, era fuerte y aterrador.

Ben le cogió el codo y la ayudó a incorporarse. Estaba temblando; él sentía sus temblores en la mano, así que la rodeó con el brazo. Ella no se apartó, como habría hecho normalmente, y eso lo preocupó.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

Los ojos verde esmeralda se rieron de él, aun cuando reflejaban dolor.

—¿Estás loco? Tengo un dolor de cabeza, Ben. La sola idea de contactar con la familia Chevez me produce fuertes dolores de cabeza.

—Tu hermano y tu hermana son miembros de la familia Chevez, Colby. Tú lo serías también si se hubieran finalizado los trámites de adopción.

Colby bajó la cabeza, pues sus palabras le golpearon el centro mismo del corazón. Armando Chevez nunca la adoptó. En su lecho de muerte le confesó sus motivos, con la cabeza gacha por la vergüenza y los ojos bañados en lágrimas, mientras ella le sostenía la mano. Él había deseado que su abuelo de Brasil se apiadara y lo aceptara de vuelta en la familia. Debido a las circunstancias del nacimiento de ella, él sabía que si la adoptaba, su abuelo no le permitiría volver a la familia. Y después ya fue demasiado tarde para llevar a su fin el papeleo. Armando Chevez se avergonzaba de haber traicionado el amor incondicional de ella por una familia que nunca contestó su carta cuando estaba moribundo. Ella continuó leal y amorosa, cuidándolo, leyéndole y consolándolo hasta el día en que murió. Y continuaba siendo leal a él. No le importaba que él hubiera muerto an-

tes que quedara consumada la adopción; Armando Chevez no era su padre biológico, pero era su padre de todas maneras; lo era en su corazón, que era donde importaba.

A ella nunca le importó ni la preocupó el odio que le tenía la familia Chevez, y quiso y seguía queriendo a Armando con todas las fibras de su ser; lo quería con la misma intensidad con que quería a sus hermanos. En su opinión, la familia Chevez no se merecía ni a Armando ni a sus hijos. Y los dos hermanos De la Cruz, matones y guardianes de la familia Chevez, podían irse derechos al infierno que los engendró, fuera el que fuera. Ellos eran los responsables directos del implacable odio del abuelo por ella. De no haber sido considerada digna de ser un miembro de la familia Chevez; tampoco lo fue su amadísima madre. El abuelo de Armando declaró que jamás la aceptaría en su ilustre familia, y dejó muy claros sus motivos: su madre no se había casado con su padre; en su certificado de nacimiento no aparecía ningún apellido, y el abuelo no aceptaría jamás a una ramera anglosajona en la pureza sanguínea de su familia.

Mientras daban la vuelta por la orilla de la huerta en dirección a la casa del rancho, aminoró el paso y dirigió la mente hacia su interior, concentrándola en su fuerza de voluntad y autodominio. Era importante que se mantuviera tranquila y relajada, y respirara naturalmente. Pasado un momento, alzó el mentón y continuó con la cabeza bien erguida hacia el encuentro con los todopoderosos hermanos De la Cruz y los miembros de la familia Chevez, que habían venido a robarle a sus hermanos y su rancho.

Los visitantes estaban reunidos en el pequeño porche. Juan y Julio Chevez se parecían tanto a Armando que Colby tuvo que pestañear para contener unas inesperadas y ardientes lágrimas. Tuvo que obligarse a recordar que esa era la familia que rechazó con tanta crueldad a su madre por haberla dado a luz sin estar casada. Esa era la cruel familia que no hizo el menor caso de las súplicas de su amadísimo padrastro y lo dejó morir sin haber recibido ni siquiera una palabra de ellos. Y lo peor de todo, habían venido con la intención de llevarse a Paul y Ginny y confiscar el rancho, el último legado de él a sus dos hijos legítimos.

Ben la vio alzar el mentón y exhaló un largo suspiro. Conocía a Colby desde que era muy pequeña; tenía una vena tozuda de un kilómetro de ancho. Si esos hombres la infravaloraban porque era joven y hermosa, porque se veía pequeña y frágil, los esperaba una enorme sorpresa. Colby era capaz de mover montañas si se lo proponía. Nunca había conocido a ninguna otra persona tan resuelta ni con tanta fuerza de voluntad. ¿Quién si no ella podría haber cuidado de un hombre moribundo y llevado ese inmenso rancho con la sola ayuda de un vaquero viejo y agotado y dos niños?

Colby caminó directa hasta los dos hombres, con sus esbeltos hombros bien derechos y su pequeño cuerpo lo más erguido posible.

—¿Qué se les ofrece, señores? —dijo, en tono educado, frío, indicándoles con un gesto los dos sillones del porche en lugar de invitarlos a entrar en la casa—. Leí atentamente los papeles que me enviaron y creo que ya les di mi respuesta. Ginny y Paul son ciudadanos de Estados Unidos. El rancho es su herencia y se me ha confiado la tarea de conservarlo para ellos. Eso es un documento legal. Si desean impugnarlo, pueden llevarme a los tribunales. No tengo la menor intención de entregar a mis hermanos a personas totalmente desconocidas.

En ese momento salió un hombre de las sombras. Al instante ella pasó la mirada a su cara, y se le aceleró el corazón. Era curioso que no lo hubiera visto inmediatamente. Se veía borroso, como si formara parte de la creciente oscuridad. Cuando él se puso bajo la luz del porche vio que era alto y musculoso, muy imponente; su cara revelaba una especie de sensualidad dura; tenía los ojos negros y fríos; llevaba el pelo largo, recogido en la nuca, sujeto ahí por algo.

Todos sus instintos le chillaron, como campanillas de alarma.

Él levantó una mano, silenciando a Juan Chevez antes que pudiera hablar. Ese gesto imperioso con que hizo callar al orgulloso y muy rico brasilero, le aceleró más aún el corazón. Tuvo la impresión de que él le oía los retumbantes latidos del corazón. Los hermanos se apartaron y él avanzó en silencio. La separación de las aguas del Mar Rojo, pensó ella, algo histérica. ¿Sería miedo lo que vio pasar por los ojos de los hermanos Chevez?

Se mantuvo erguida y firme, temblando, sintiendo las piernas como goma, temiendo que se le doblaran y no la sostuvieran. Ese hombre la asustaba. En su boca se insinuaba un leve *rictus* de crueldad, y jamás había visto unos ojos tan fríos, como si no tuviera alma. Se obligó a mantenerse firme, sin mirar a Ben para tranquilizarse. Era evidente que ese hombre era capaz de matar sin pensarlo dos veces. Eso reforzaba su resolución de mantener con ella a sus hermanos. Si los Chevez lo usaban a modo de protección, ¿qué decía eso de ellos? Lo miró desafiante. Él se le acercó otro poco, fijando sus ojos negros en los verdes de ella; al instante sintió un tirón magnético; reconoció el contacto, el ataque; era el mismo que intentó entrar en su mente cuando estaba con Ben en el campo.

Alarmada, retrocedió un paso y desvió la vista hacia las desgastadas botas de Ben. ¡Ese hombre tenía poderes psíquicos igual que ella!

—Soy Nicolas de la Cruz —dijo él, con voz muy suave, una voz tan magnética como sus ojos—. Deseo que escuche a estos hombres. Han hecho un largo viaje para verla. Los niños son de su sangre.

La forma como dijo «sangre» le hizo bajar un escalofrío por todo el cuerpo. No había levantado la voz. Hablaba de modo tranquilo y reposado. Su voz era un arma potente, hipnótica, y ella la reconocía como tal. Si él la empleara en un tribunal de justicia para hablarle al juez, ¿podría rebatirlo? Sinceramente, no lo sabía. Incluso ella era susceptible a esa voz. Le dolía terriblemente la cabeza; se colocó una mano en la frente y se presionó las sienes. Él la estaba presionando sutilmente para que hiciera lo que le pedía.

No tardó en comprender que no sería capaz de resistirse mucho rato a esa implacable fuerza. Sentía la cabeza como si le fuera a estallar. El orgullo era una cosa, la estupidez otra muy diferente.

—Voy a tener que pedirles, señores, que se marchen. Por desgracia, este es un mal momento para mí. Creo que estoy enferma. —Presionándose la frente con una mano, se giró hacia Ben—. ¿Me harías el favor de acompañarlos, y yo procuraré programar otra reunión cuando me sienta mejor? Lo siento.

Acto seguido, abrió la puerta de la casa, entró y corrió hasta la seguridad de su dormitorio. Nicolas de la Cruz sería un enemigo po-



deroso. El dolor de cabeza que le había producido luchar contra su ataque mental la había enfermado físicamente. Hundiendo la cara en el cubrecama hizo respiraciones profundas, y continuó así hasta que sintió remitir lentamente la presión. Se quedó ahí un largo rato, aterrada por sus hermanos, y aterrada por sí misma.



## Capítulo 1

---

El enorme castaño bufaba y resoplaba, moviendo los ojos como enloquecido, dando pasos hacia los lados, nervioso, agitando la cabeza y tensando las patas.

—Sujétalo firme, Paul —se apresuró a decir Colby a su hermano.

Justo en ese instante, dominado por una oleada de violencia, el animal se giró bruscamente, soltándose de la precaria sujeción del chico por las bridas.

—No puedo, hermanita —gritó él, haciéndose a un lado para protegerse, mirando angustiada la esbelta figura de su hermana.

Totalmente encabritado, el castaño corcoveaba, girando y dando coces contra la reja del corral al aire libre, con resonantes golpes que hacían temblar los postes y hasta el mismo suelo. Paul hizo un gesto de pena, con la piel trigueña pálida bajo el oscuro bronceado. Colby salió volando y se golpeó dos veces contra los travesaños de la reja antes de caer al suelo y pasar rodando por debajo del travesaño para resguardarse.

—¿Cómo estás, Colby? —le preguntó Paul, nervioso, corriendo a arrodillarse a su lado en el polvoriento suelo.

Ella gimió y rodó hasta quedar de espaldas para mirar hacia el oscurecido cielo, y sus labios llenos se curvaron en una sonrisa sin humor.

—Qué manera más estúpida de ganarse la vida —dijo, distraída.

Se sentó y con el dorso de la mano se apartó de la frente los mechones de pelo color oro rojo mojados que se le habían escapado, dejándose una mancha de tierra—. ¿Cuántas veces me ha arrojado al suelo ese inútil animal?

—¿Hoy o en total? —bromeó él, y al instante se le borró la sonrisa cuando ella posó en él todo el poder de su mirada—. Seis —contestó solemnemente.

Con sumo cuidado ella se puso de pie y se quitó el polvo de sus desgastados y desteñidos tejanos Levis. Pesarosa se miró la blusa, ahora rota.

—¿Quién es el dueño de este animal, por cierto? Vale más que sea alguien que me caiga bien.

Paul pasó lentamente la mano por su sombrero, quitándole el polvo, evitando mirarla. A menos que se tratara de un caballo al que había que entrenar para un rodeo, Colby le permitía encargarse de todos los detalles. Suerte peor, imposible.

—De la Cruz —musitó, cohibido.

A sus dieciséis años, era más alto que su hermana. Delgado y bronceado, ya tenía los músculos de un jinete y era insólitamente fuerte para su edad. Su cara tenía la estampa de un chico mucho mayor. Pero sostenía su desgastado sombrero de ala plana casi como una ofrenda de expiación ante su hermana.

Se hizo un silencio y hasta el viento pareció retener el aliento; incluso el castaño dejó de resoplar y piafar mientras Colby lo miraba horrorizada.

—¿Nos referimos al mismo De la Cruz que ordenó que hiciéramos nuestras maletas y nos marcháramos del rancho de nuestro padre porque yo soy una mujer y tú un niño? ¿Ese De la Cruz? ¿El De la Cruz que me «ordenó» que os entregara a ti y a Ginny a la familia Chevez, y me produjo un terrible dolor de cabeza con su insultante y asqueroso comportamiento machista? —Su voz ronca y suave era casi aterciopelada y no se movía ni un sólo rasgo de su cara de delicada perfección; sólo sus enormes ojos revelaban su malhumor—. Dime que no estamos hablando de «ese» De la Cruz, Paulo. Miénteme, para que yo no cometa un asesinato.

Sus brillantes ojos prácticamente echaban chispas.

—Bueno —dijo él, algo a la defensiva—, fue Juan Chevez el que trajo los caballos, dieciséis caballos. Teníamos que aceptarlos, Colby. Paga muy bien, y necesitamos el dinero. Tú misma has dicho que Clinton Daniels nos presiona por el último pago del préstamo, que es la suma mayor.

—No su dinero —dijo Colby, impaciente—. Jamás su dinero. Es dinero de mala conciencia, por sus pecados. Encontraremos otras maneras de pagar ese préstamo.

Agitó la cabeza para despejársela de la ira que se la había inundado como salida de la nada, se golpeó con el sombrero el muslo ceñido por la gruesa tela de los Levis, y masculló en voz baja unas cuantas palabrotas muy impropias para una dama.

—Juan no tenía ningún derecho a ofrecerte los caballos a mis espaldas. —Miró la cara demudada de su hermano y se le evaporó la rabia, como si no la hubiera sentido en ningún momento—. No es culpa tuya. Yo debería haber supuesto que ocurriría algo así, para advertírtelo. Desde que apareció por aquí esa familia, ese hombre De la Cruz no ha sido otra cosa que un problema. Ya hace casi tres años que escribí la carta a la familia Chevez en nombre de nuestro padre. ¿No es un maldito milagro que finalmente hayan decidido darse por enterados? —Se giró hacia el castaño y lo miró atentamente, recelosa—. Probablemente este caballo es su manera de librarse de mí para poder teneros a vosotros. Sin mí para estorbarlos podrían tener la posibilidad de llevaros con ellos a su infierno sudamericano. Y de paso robaros vuestra herencia.

Colby era baja, de cuerpo esbelto con suaves pero bien marcadas curvas, grandes y profundos ojos verdes sombreados por largas pestañas oscuras y abundante y sedoso pelo largo. Sus delicados y bien torneados brazos ocultaban músculos fuertes. Unas cicatrices blancas le estropeaban la piel bronceada de los brazos y de las pequeñas manos, como muestra de sus años de duro trabajo. Paul sintió una oleada de orgullo al ver aparecer el hoyuelo de su mejilla junto a la comisura de sus labios. Sabía cuánto destestaba ella sus cicatrices y sus manos, y sin embargo eran una parte muy impor-

tante de ella. No había nadie como Colby, tan libre, tan indómita, tan poco convencional.

—Viven en un rancho de miles de millones de dólares —comentó—. Mucho lujo. Seguro que tienen una piscina y nada de trabajo. Mujeres bonitas. A mí se me antoja que es una buena vida. Tal vez hay una conspiración y yo estoy metido en ella.

—¿Quieres decir que te dejarías sobornar?

Él se encogió de hombros y sonrió haciéndole un guiño travieso.

—Si el precio es interesante, nunca se sabe. —Intentó agitar las cejas y no lo consiguió. Entonces añadió—: No tienes por qué preocuparte, Colby. No creo que De la Cruz sepa que Juan nos trajo los caballos. En todo caso —encogió los hombros, en gesto pragmático—, el dinero es dinero.

—Así es, chico —suspiró Colby.

A los diecisiete años Colby se había echado al hombro la responsabilidad del rancho y el cuidado del hermano de once años y la hermana de seis, después que el horrible accidente de un avión pequeño matara a su madre y dejara a Armando paralítico. Eso lo hizo sin emitir ni siquiera un murmullo de protesta. Dos años después del accidente, su padrastro insistió en que le escribiera a su familia de Brasil pidiéndoles que vinieran inmediatamente; sabiendo que se iba a morir, había dejado de lado el orgullo para pedir ayuda para sus hijos. Nadie contestó la carta, y su amadísimo padre murió rodeado por sus hijos, pero sin sus hermanos ni hermanas. A sus dieciséis años, Paul ya era capaz de valorar lo que le habían costado a Colby esos cinco años; hacía todo lo posible por llevar parte de la carga, comprendiendo, por primera vez en su vida, lo que era preocuparse verdaderamente por otra persona. Cada vez que un caballo la arrojaba al suelo sentía latir más de prisa el corazón.

Colby nunca se quejaba, pero él veía día tras día más señales de cansancio en ella, por el exceso de trabajo y esfuerzo. Sin duda estaba magullada de la cabeza a los pies. Sus ojos de águila observaron que se tenía cogido el brazo izquierdo, como para protegérselo.

—¿Quieres tomarte un descanso? El sol ya se ha puesto —sugirió, esperanzado.

Colby negó con la cabeza, pesarosa, agitando su pelo rojo.

—Lo siento, cariño. No puedo permitir que este animal se haga la idea de que es el jefe. Volvamos al trabajo.

Sin un asomo de miedo, entró en el corral y cogió las riendas del inmenso animal.

Paul la observó, como había hecho mil veces antes; qué frágil se veía su pequeña y delgada figura junto al caballo medio salvaje, y sin embargo rezumaba confianza y seguridad. Colby se había creado toda una fama como domadora, y muchos de los principales jinetes de rodeo le traían sus caballos recién adquiridos, de todas partes de Estados Unidos. Normalmente ella dedicaba semanas y meses a domarlos y amansarlos, con suma paciencia. Tenía una afinidad especial con los animales, con los caballos en particular. Por lo general, sus métodos eran más duros para ella que para los caballos. Eran los casos en que tenía que domarlos rápido, como en esa ocasión, los que más lo preocupaban a él.

El rancho era pequeño, y dedicado sobre todo a los caballos; las pocas reses vacunas y el terreno para pasto que tenían, eran para el uso de la familia. Era una vida dura, pero buena. Su padre, Armando Chevez, había llegado al país en un viaje que hizo para comprar caballos para su adinerada familia de Brasil; buscaba purasangres de otras razas para los enormes ranchos, o haciendas, que tenían en Sudamérica. Entonces fue cuando conoció a Virginia Jansen, la madre de Colby, y se casó con ella. Este matrimonio no fue del agrado de su familia y quedó prácticamente desheredado.

Colby nunca le dijo a su padre que había encontrado la carta del patriarca de los Chevez en que le decía que debía dejar a la «americana promiscua, ávida de dinero y a su hija bastarda» y volver a casa inmediatamente si no quería que toda la familia considerara que para ellos había muerto.. Ella no tenía idea de quién era su padre biológico y no podía importarle menos. Quería a Armando Chevez y lo consideraba su verdadero padre; él la había querido, protegido y cuidado como si hubiera sido de su sangre. Paulo y Ginny eran sus hermanos, formaban su familia, y los protegía con fiereza. Estaba resuelta a que ellos entraran en posesión del rancho cuando fueran

mayores de edad, tal como había planeado Armando Chevez. Era lo menos que ella podía hacer por él.

Aquella tarde había sido larga, y el anochecer le pareció que sería más largo aún. Paul apretaba los dientes y soltaba unas cuantas maldiciones en voz baja cuando, una y otra vez, el enorme castaño se soltaba de su sujeción y la lanzaba volando por los aires y ella caía al suelo o chocaba contra los travesaños de la verja con tal fuerza como para romperse los huesos.

Llegó Ginny, colocó en el suelo una cesta con termos de limonada y trozos de pollo frito, y se sentó fuera del corral, con un puño metido en la boca y sus grandes ojos castaños, redondos de ansiedad, fijos en su hermana.

Colby sujetó con más fuerza las riendas, con sus delicados rasgos marcados por la resolución. Bajó la cabeza para limpiarse en la manga el hilillo de sangre que le salía por la comisura de la boca. Bajo el cuerpo sintió cómo los potentes músculos del caballo comenzaban a tensarse e hincharse. Paul avanzó un paso, sujetando las bridas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. El enorme animal intentó bajar la cabeza; Colby se lo impidió con pericia. Mientras tenía lugar ese combate, a Paul lo maravilló el dominio de ella. Entonces el caballo se liberó nuevamente de su sujeción y se movió de un lado a otro del corral, corcoveando, girando y caracoleando.

Ginny se puso de pie de un salto y se cogió de la reja, observando impresionada la pericia con que Colby se anticipaba a cada movimiento del castaño. Dos veces Paul tuvo la seguridad de que el animal lo iba a arrojar volando hacia atrás. Pero Colby estaba resuelta a continuar dominándolo, con todo su ser concentrado en el caballo.

Rafael de la Cruz aparcó la camioneta cerca de un reborde rocoso de la montaña desde el que se dominaba todo el valle. Detrás de él la montaña se elevaba abrupta, toda cubierta por un denso bosque de pinos y abetos. La mujer que iba sentada a su lado lo tocó con una uña pintada de rojo, muy evocadora de una garra ensangrentada. Se la miró un momento y luego se inclinó hacia ella, bruscamente, indi-



ferente, y le apartó un mechón de pelo de la arteria del pulso que le latía fuertemente en el cuello. Intentó recordar su nombre; era una mujer que se consideraba importante en el pequeño mundo que él habitaba en esos momentos, pero que a él no le despertaba ningún interés. Lo único que le importaba eran los latidos de su corazón, que sonaban parejos, llamándolo.

Era una presa, como todas las demás. Sana, fuerte. Una mujer que deseaba acostarse con un hombre rico y poderoso. Eran muchísimas las mujeres que se sentían atraídas por los hermanos De la Cruz, como las polillas a las llamas. Ella giró la cabeza hacia él, y al instante él captó su mirada, hipnotizándola. No valía la pena.

Le enterró un colmillo en el cuello y se alimentó. Bebió hasta quedar satisfecho, al tiempo que combatía a la bestia que amenazaba con surgir, exigiéndole que la matara, susurrándole acerca del poder último, definitivo, acerca de la emoción, acerca de «sentir». Valdría la pena, aunque sólo fuera para «sentir» una sola vez, aunque fuera una milésima de segundo. La mujer no era nada para él, le era inútil, a no ser como presa; fácil de dominar, fácil de matar.

Ella se desplomó sobre él, y el movimiento lo sacó del trance de la bestia. Le cerró el diminuto agujerito dejado por el pinchazo, curándose con una lamida. La contempló un momento y luego la apartó de un empujón, despectivo, dejándola desplomada en el asiento. Era como todas; dispuesta a venderse al mejor postor, a acostarse con un hombre que era prácticamente un desconocido, debido a su riqueza y poder. Llevaban vestidos escotados, reveladores, para atraer a los hombres. Eran muchísimas, como rebaños o ganados. Esta le había puesto el señuelo a un predador, creyéndose la seductora, pensando que lo atraía a su red sexual.

Bajó de la camioneta, a inspirar el aire nocturno, y comenzó a pasearse cerca del borde del despeñadero, con sus sensuales rasgos marcados por una seguridad dura, cruel. Estaba acostumbrado a la obediencia instantánea; estaba acostumbrado a manipular la mente de sus presas humanas.

Tanto él como Nicolas deseaban volver a su terruño en Sudamérica, en la selva del Amazonas. Ansiaban estar de vuelta en su mun-

do, en su hacienda, donde imperaban y su palabra era ley; ansiaban volver a la selva vecina, donde podían cambiar de forma siempre que querían sin temor a ser vistos; volver al lugar donde la vida transcurría sin complicaciones. Pero para poder volver tenían que llevar a cabo un pequeño trabajo: convencer a una hembra humana de que hiciera lo que deseaba la familia Chevez.

En cumplimiento de la petición que su príncipe les hiciera hacía cientos de años, Nicolas y él cazaban vampiros en Sudamérica. Era lo mínimo que podían hacer por su raza en peligro de extinción. Deseaban volver al país que había sido su terruño y su forma de vida esos cientos de años. Les era difícilísimo permanecer mucho tiempo en ese país desconocido. Pero la familia Chevez, que había servido lealmente a la familia De la Cruz durante cientos de años, necesitaba su ayuda, y ellos estaban obligados por el honor a dársela. El problema era una pequeña hembra humana.

Nicolas ya había ido a visitarla para someterla, intentando entrar por la fuerza en su mente y dándole una firme orden, pero, ante su sorpresa y disgusto, no le había funcionado. Ella se volvió aún más tozuda y se negaba a hablar con cualquier miembro de su familia. En todos los siglos de su existencia, jamás había ocurrido una cosa así. Era posible dominar y manipular a todos los humanos. Ahora le tocaba a él hacer su parte del trabajo, aunque eso significara tomar de su sangre para obligarla a obedecer. Cuando los hermanos deseaban algo, lo que fuera, lo obtenían. Ella no les sería un estorbo. Se le movió un músculo en la mandíbula sombreada por la barba de unas horas. De una u otra manera, tendrían lo que deseaban.

Suspirando, levantó la vista hacia las estrellas. No había nada para aliviar las despiadadas e implacables noches. Se alimentaba; existía; combatía a los vampiros; hacía todos los movimientos de la vida diaria, pero no sentía nada aparte de hambre; un hambre insaciable; la susurrada llamada del poder para matar. Ser capaz de sentir. ¿Cómo sería enterrar los dientes hasta el fondo en carne humana y agotarle la sangre a la presa, para sentir algo, cualquier cosa, aunque fuera unos momentos? Miró hacia atrás, a la mujer que estaba en la camioneta, sintiendo el insidioso susurro de la tentación.

«¡Rafael! —dijo la voz de Nicolas, en tono de dura reprimenda—. ¿Quieres que vaya a ti?»

Rafael negó con la cabeza, rechazando esa omnipresente tentación.  
«No cederé esta noche.»

Recorrió el oscuro cielo con la mirada, observando a los murciélagos lanzarse en picado realizando su ballet nocturno. La brisa le traía información secreta. Se sentía inquieto, sus sentidos le decían que podría haber un vampiro cerca, pero él era incapaz de hacer salir al no muerto de su guarida, si es que había alguno en la zona. Probablemente se había ocultado bajo tierra en el instante en que aparecieron Nicolas y él, y estaba esperando a que se marcharan para salir.

Oyó sonidos de voces distantes, traídos por la brisa. Voces alarmadas. Suaves. Era una bella cadencia que le tocaba una cuerda en lo profundo de su interior. Oía la voz, una voz melodiosa, pero no entendía las palabras. Caminó hasta llegar al borde de la abrupta pendiente. Por el rabillo del ojo vio algo que le captó la atención. Miró la escena que se desarrollaba abajo y su ardiente mirada se quedó clavada en el caballo y su jinete. Contemplando a la pequeña mujer montada en el inmenso caballo se sintió embargado por una especie de alucinante conmoción. Hacía casi mil setecientos años que no veía los colores ni sentía una emoción. Y en ese momento, en un abrir y cerrar de ojos, observando la escena que se desarrollaba en el pequeño corral al aire libre, el caballo y la jinete enzarzados en una batalla, todo cambió.

Veía sus brillantes cabellos del color del fuego; veía el azul desvaído de sus tejanos y el rosa claro de su blusa. Veía al caballo, de bruñido color cobrizo, agitando la cabeza, encabritado, girando y corcoveando. El tiempo pareció aminorar la marcha para que se le grabaran todos los detalles en la mente: el centelleo de las hojas de los árboles con su brillo plateado, los colores de la tierra, la hierba y el heno; los matices plateados del agua resplandeciendo como un espejo en un lago lejano. Le salió bruscamente todo el aire de los pulmones y se quedó muy quieto, como una parte de la montaña en que estaba, absolutamente inmóvil por primera vez en toda su existencia.

A su espalda sintió un movimiento de la mujer que estaba en la camioneta, pero ella no le importaba; estaba despertando, adormila-

da, segura de que habían hecho el amor y había sido arrollada por las atenciones de él. El chico adolescente y la niña que estaban cerca del corral abajo no le importaban; tampoco le importaban sus hermanos que estaban esperando en su hacienda de Brasil, ni Nicolas, que estaba esperando ahí en ese tan populoso país, ni la familia Chevez. Sólo le importaba esa jinete.

Colby Jansen. Por instinto supo que la jinete era Colby Jansen; la desafiante. Toda fuego y hielo como las montañas entre las que vivía, las montañas que amaba, a las que se aferraba con tanta fiereza. La observó atentamente, con sus ojos negros y hambrientos. Continuó así inmóvil un buen rato, con la mente hecha un caos, sintiendo pasar las emociones, chocando entre ellas, rápidas y enardecidas; las emociones guardadas en alguna parte durante cientos de años pasaban por él como lava ardiente, obligándolo a clasificarlas a una velocidad horrorosa.

Tenía cuatro hermanos, todos capaces de comunicarse por telepatía; podían contactar a voluntad. Contactó con ellos, por la ruta común que usaban ellos, para contarles lo de los colores, lo de esa desconocida y violenta agitación de su cuerpo, la marejada de hambre. Él no tenía experiencia en esas cosas.

«Sólo puede ser tu pareja de vida» —contestaron.

«Es humana, no carpatiana.»

«Dicen que hay algunas a las que se puede convertir. La pareja de vida de Riordan no era carpatiana.»

La emoción y el deseo sexual elevándose juntos eran abrumadores, una bola de fuego recorriéndole las entrañas a la velocidad del rayo, haciéndole hervir la sangre, agudizándole los apetitos. Se desperezó, estirándose como un felino grande de la selva. Bajo la delgada seda de la camisa se le contrajeron los cordones de músculos. Colby Jansen le pertenecía a él, a ningún otro. No deseaba a ningún otro cerca de ella, ni a los hermanos Chevez ni a Nicolas, que la habían visto primero. Sintió hincharse a la bestia que llevaba dentro, rápida y feroz, ante la idea de ella con otro macho, fuera mortal o inmortal. Se quedó muy quieto, obligándose a dominarse. Peligroso en cualquier momento, reconocía que lo sería aún más en el estado en que se encontraba.

«Es muy desagradable, Nicolas. No me creo capaz de soportar que otros machos se le acerquen. Nunca había sentido estas emociones. Nunca había sentido tantos celos ni tanto miedo.»

Eso era un aviso y los dos hermanos lo reconocieron como tal. Pasado un corto silencio, Nicolas contestó:

«Me iré de aquí, Rafael, a las altas montañas del este. No hay nadie en la hacienda, y esperaré ahí a que soluciones esto».

Como siempre, Nicolas estaba tranquilo y sereno, con una reposada y confiada cordura que incitaba a los demás a tomar la dirección que él deseaba que tomaran. No expresaba su opinión con frecuencia, pero cuando lo hacía sus hermanos le hacían caso. Era un luchador oscuro y peligroso, probado muchísimas veces a lo largo de los años. Los hermanos estaban conectados y se habían mantenido unidos a lo largo de los siglos, contando los unos con los otros para mantener vivos los recuerdos que conservaban intacto su código de honor, contando los unos con los otros para mantener a raya los insidiosos susurros del poder de matar.

*«Obrigado.»\**

Cerró fuertemente los puños, hasta que se le pusieron blancos los nudillos, observando el drama que se desarrollaba abajo. Esa mujer, pequeña y frágil, humana, se empeñaba en hacer un trabajo peligroso, como para romperse los huesos. Descubrió que el aguante de un hombre tiene sus límites cuando siente emociones; descubrió que no soportaba verla sobre el lomo de ese animal encabritado.

Ella cayó al suelo, con un fuerte golpe, su cuerpo pequeño y frágil, y el inmenso castaño daba coces con sus potentes y peligrosos cascos a escasos centímetros de ella. Rafael dejó de respirar; se le paró el corazón. Colby rodó hacia un lado, liberándose del peligro, y le dijo algo a su hermano, que cogió las bridas. Y un instante después, ella estaba nuevamente montada en la silla.

Rafael se hartó, no pudo soportarlo más.

\* *Obrigado*: Gracias, en portugués. Las palabras o expresiones en cursiva están en portugués o castellano en el original. (*N. de la T.*)